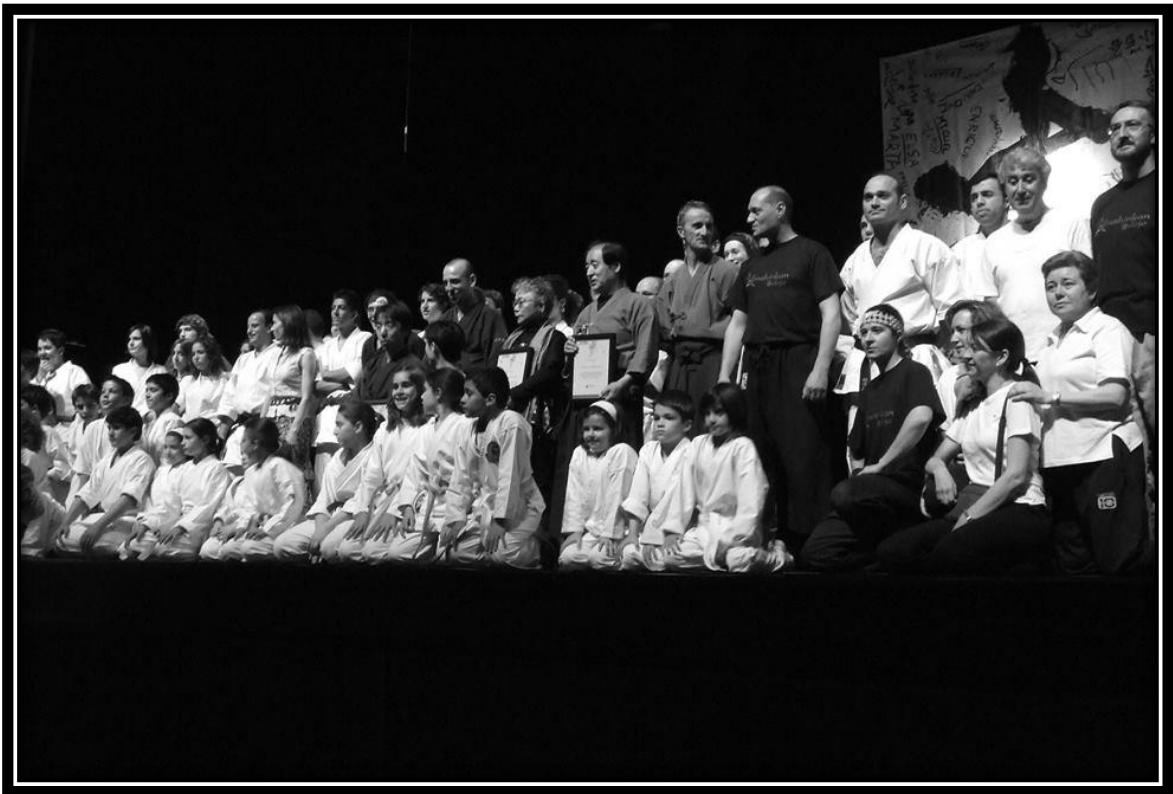


Comunicando Budô a través de la Emoción



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2018

Dicen que cuando Blake leyó a Russell su poema “Tigre” éste perdió el conocimiento, cayendo al suelo fulminado por la Emoción que experimentara.

Fue tal el impacto que soportara el autor de “La conquista de la felicidad” que sus compañeros de apartado tuvieron que acudir, raudos, en su auxilio.

Luis Racionero también menciona esta anécdota en su libro “El genio del lugar”, para destacar aquellos tiempos en los que algunos espíritus puros aún alcanzaban a comprobar una Emoción semejante a través de la sola lectura poética.

¡Tigre! ¡Tigre!,

Reluciente incendio

En las selvas de la noche,

¿Qué mano inmortal u ojo

Pudo trazar tu terrible simetría?

Esto, claro, ocurría en la Inglaterra de finales del siglo XIX, un lugar en el que los estudiantes se atrevían a manifestar su estado de ánimo componiendo poemas, un tiempo en el que la belleza cristalizaba a través de algunos formatos hoy casi extinguidos.

¿Quién en nuestros días puede llegar a vivir de esta manera su propia experiencia, un éxtasis motivado, sólo, por eso tan etéreo e impreciso, volátil y transitorio que es la pura y simple Emoción?

En medio del mundo de las vanguardias que nos acecha, en estos tiempos de la inmediatez, del disfrute sin límites de lo virtual, cuando el uso superficial de la amistad, del amor, son hechos cotidianos más que evidentes, el retorno a la experiencia de la Emoción resulta ser un camino poco menos que imposible.

Como en aquella tarde perfecta en la que, alejados del tiempo y sometidos, solo, a los dictados de la Belleza, un puñado de hombres y mujeres, niños y niñas, padres y madres, amigos y amigas, cristalizábamos la Emoción en forma de Budô, Música, Teatro, Poesía, Canción, Palabras, Alegría y Fiesta, en el transcurso de un Enbu Taikai.

Después, Sugawara Sensei realizaría Gakura Kototama y todos nos movimos en círculo junto a él al compás del diapasón del kata de Jo.

Las espirales crecían a cada instante y, sujetando hasta el final su grito desgarrador, el maestro rompería con su kiai el silencio que se había hecho con la sala.

Contenida hasta el final, la Emoción estalló una vez más, y la energía volvió a llenar un recinto donde todos sentimos cómo un detonador tan humilde -como aquel Jo-capitaneado acertadamente por las manos de un hombre de sable, podía reunir en un solo instante tantas voluntades y emocionarnos a todas ellas reuniéndolas en un silencio quebrado al fin por un aplauso sonoro.



Llegaron a continuación ríos de palabras que, buscando las alturas, acentuaban los aspectos más notables de nuestro trabajo: Educación, Libertad, Voluntad, Diligencia, Respeto, No violencia o Meditación.

Padres y Madres subieron a escena compartieron abiertamente sus ideas, mostrando el ejemplo de su propia experiencia, dando testimonio, en primera persona, de cómo los ideales del Budô habían contribuido a forjar las voluntades de sus hijos e hijas.

Michiko Hamasaki Sensei, la gran maestra de Shôdô, aparecería más tarde acompañada de su deshi: Hiroko Tomitani.

En un lienzo de cincuenta metros cuadrados daría forma al contenido profundo de su arte.

En un acto de entrega total, Hamasaki Sensei contuvo su ki en absoluta concentración y cuando finalmente estalló su kiai, en mil pedazos, la maestra

comenzó a caligrafiar su magnífica obra, danzando sin contención a través del inmenso papel sobre el que se deslizaba sin tregua y en el que dejaría plasmada su manera de ver y de estar en el mundo.

En efecto, el daijikiyo –caligrafía de gran formato- que ejecutara con su enorme pincel -una herramienta diseñada por ella misma con un peso de siete kilos- quedaría expuesto allí, presidiendo el improvisado shomen del Teatro, para recordarnos a todos que siempre sería necesaria la Emoción para destapar la esencia del verdadero Budô y que sin ese sentimiento profundo nuestro trabajo en aquel memorable Enbu Taikai sería del todo insustancial.

Seguidamente fueron los budokas quienes mostraron las esencias del Budô más clásico: la esgrima medieval se aliaría con la música de Sakuhachi; el viejo Karate de Okinawa lo haría con la Poesía; el ancestral Kobujutsu tomaría forma en medio de un decorado bucólico, rural, campestre y agrícola; el Aikidô se vestiría con su habitual elegancia, sin por ello dejar de ser el arte determinante, diligente y firme que es.



Yuji Sugawara Sensei ejecutaría, junto a Shinichi Saito Sensei, las cuatro formas de Kaeshi waza creadas por su propio padre. El Aikidô llegaría con ellos a cotas aún más altas cuando desarrollaron Kunitachi y Joai.

Juan Antonio Quirós Sensei contribuyó también a nuestra carga emocional compartiendo sansetsukon y eku: esos viejos vestigios okinawenses tan apegados al inconsciente colectivo de los budokas tradicionalistas, con los que se emulan hechos y costumbres de los hombres de mar y de interior de aquellas alejadas islas.

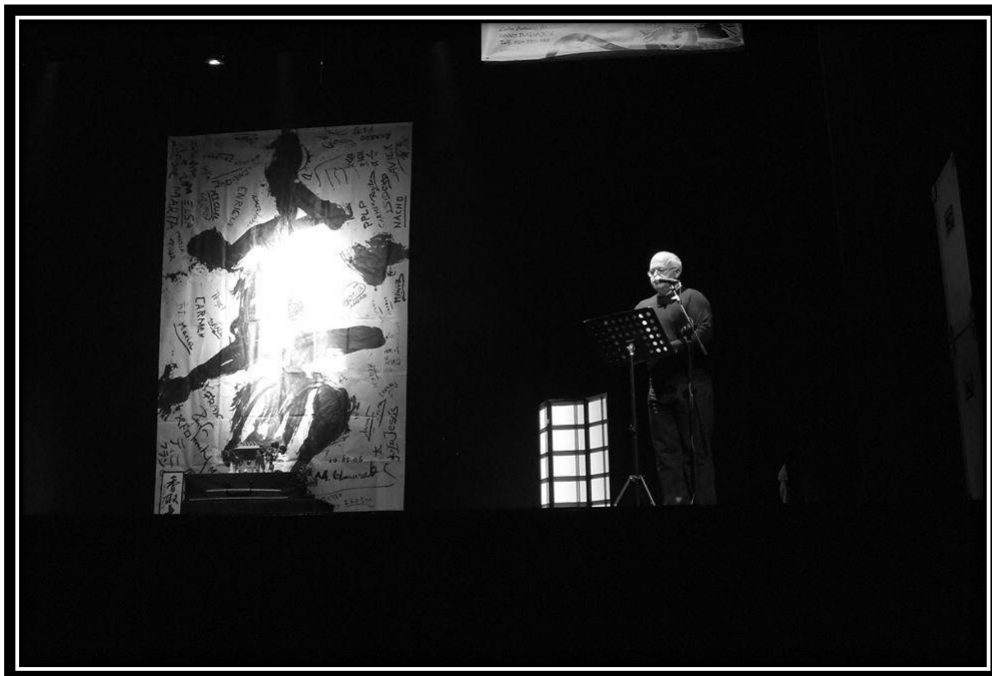
El aire silbaba cuando los remos cortaban el espacio o clavaban sus palas en el suelo de arena para provocar sunakake; después, sonaron las cadenas del sansetsukon cuando ese nunchaku de tres secciones ocupó el mayor de los espacios.

Ejecutando su ejercicio, el maestro se situaba en el centro de un torbellino desde el que difundía, con su humilde herramienta, la energía en derredor, haciendo circular su molienda a la velocidad de la luz.

Las personas, atónitas, mantuvieron una vez más silencio, explotando en aplausos al finalizar semejantes maniobras.

Enrique Palacios Sensei y Jorge Palacios Sensei nos abrieron las puertas del Judô con mayúsculas. Como si de una conversación pausada entre ambos se tratara, los dos maestros realizaron Ju No Kata, deleitándonos con una forma perfecta en la que cristalizaron la Filosofía que subyace en el fondo de su magnífico arte.

Otros Senseis, como Emilio Puig, Jesús Iñesta, José Sanabria o Francisco Gutiérrez, demostraron diferentes formas de Artes Marciales: Tai Chi Chuan, Pakua Chuan, Eskrima. Todos ellos ampliaron nuestro espectro y con sus palabras y ejecuciones nos hicieron viajar a otras latitudes, recorriendo la vieja China y el Sudeste Asiático.



El poeta, humanista y filósofo, Faustino Lobato, sintetizó todas y cada una de las ecuaciones que conforman el arte del Budô en la singularidad y el minimalismo de los haikus. Con la emoción como herramienta, el gran poeta nos transmitió:

Belleza, Volatilidad, Victoria, Soledad, Tránsito o Impermanencia del devenir humano.

Habíamos expuesto nuestro dôjô a las miradas amigas y, también, a las ajenas. Habíamos abierto la puerta de nuestros corazones a quienes confiaban en nuestro quehacer diario y, también, a quienes miraban de soslayo.

Dijimos “Sí” al hecho mismo del compartir, alejándonos, siquiera por unas horas, del “No”, del anonimato, de la clausura, de la introspección.

Cruzamos ese umbral que supone, a veces, la derrota; otras, el triunfo; y queríamos hacerlo comunicándonos, siempre, desde la Emoción.

Cuando finalizó aquella tarde, cuando caían ya las luces de la escena y el telón de fondo todo lo ocultaba, cuando todos ya abandonaban la sala del Teatro López de Ayala de Badajoz y el cansancio comenzaba a llegar, finalizada ya la tensión, subió a la tarima una familia que, ajena al mundo del Budô y alejada de su contexto, me estrechó las manos y, mirándome fijamente a los ojos, me dio las gracias.

No lo hacían por haberles abierto –todos nosotros- algunas puertas hacia un territorio que nunca antes habían hollado, tampoco por demostrarles ciertas habilidades o acercarles una forma de cultura -a ellos y a varios cientos de personas- sino por haberles hecho felices, por haber sabido sujetarles a sus butacas de patio durante cuatro horas sin pestañear, por haberles hecho experimentar la risa y las lágrimas, el asombro y la curiosidad, el entusiasmo y la felicidad, el respeto y la sorpresa, la valoración y la tranquilidad.

Se marcharon, y yo, feliz, me quedé allí sentado, viendo cómo el Teatro se vaciaba y cómo mi cuerpo se desplomaba por la falta de energía para, después, llenarse una vez más de vigor, sintiendo cómo mi espíritu se expandía por haber sido capaces - todos nosotros- de comunicar nuestro Bujutsu a través de esa experiencia sagrada y necesaria que es la Emoción.

Kenshinkan dôjô 2018